

Julián Ayesta

Helena o el mar del verano



Lectulandia

Cuando apareció en 1952, *Helena o el mar del verano* fue considerada por un pequeño grupo de entusiastas lectores una de las obras más extraordinarias de la narrativa española de posguerra. A través de los años permanece intacto el poder de sugestión y el lirismo de la escritura de Ayesta.

«Uno de los diez libros más importantes de la narrativa española del siglo XX.»

MARÍA JOSÉ OBIOL, *El País*

«Las anteojeras de una crítica miope han convertido en tópico la falta de vuelo de la narrativa española de los años cincuenta. [...] *Helena o el mar del verano* demuestra que la imaginación y sutileza de la palabra ya circulaban...»

Abc

«Afirmo sin ningún ánimo de asombrar a nadie que es uno de los libros más hermosos de la literatura española de posguerra.»

GREGORIO MORÁN, *La Vanguardia*

Lectulandia

Julián Ayesta

Helena o el mar del verano

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17

Título original: *Helena o el mar del verano*

Julián Ayesta, 1952

Ilustración de la cubierta: Ángel Seral

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.*

GARCILASO, *Égloga I*

*Pero lejos están los remotos días
en que el amor se confundía con la pujanza de
la naturaleza radiante
y en que un mediodía feliz y poderoso
henchí un pecho, con un mundo a sus plantas.*

ALEXANDRE, *Sombra del paraíso*

I

EN VERANO

El dulce de guinda brillaba rojísimo entre las avispas amarillas y negras y el viento removía las ramas de los robles y las manchas del sol corrían sobre el musgo, sobre la hierba suave y húmeda y sobre la cara de los invitados y de las Mujeres y de los Hombres, que estaban fumando y riéndose todos a un tiempo. Y brillaban también las copas azules para el Marie Brizard y los cubiertos de postre. Y los lunares de luz — los grandes persiguiendo a los pequeños— corrían sobre el mantel lleno de manchas moradas de vino y migas. Y por la tarde había corrida y los hombres tenían la cara y las mejillas y las narices brillantes. Y también brillaba el café, tan negro con cenizas de puro rodeando la taza. Y los hombres se reían de medio lado porque tenían un puro en la boca y hablaban y se reían como los viejos sin dientes, sacando la punta de la lengua llena de saliva y todo entre una nube azulada de humo. Y era muy bonito ver cómo el color del humo iba cambiando según le diera el sol. Y como era el Día de la Asunción de Nuestra Señora los niños habíamos ido a tirar pétalos de rosas a la Virgen y sonaban las gaitas, y los voladores, y los violines y la voz de los cantores ya dentro de la iglesia. Y olía todo a incienso, y a flores, y a rosquillas, y a churros, y a la sidra que estaban echando los hombres en el Campo de la Iglesia y al vestido nuevo. Y después todos corrimos a los automóviles y todo empezó a oler a gasolina y vinieron con nosotros los curas (que no se dice «curas», se dice «señores sacerdotes») que habían dicho la misa cantada a comer. Y antes de empezar la comida nos apretaban los carrillos y nos preguntaban cómo nos llamábamos y si sabíamos qué día caía nuestro santo y si era un Santo Confesor o un Santo Obispo o una Santa Virgen o un Santo Eremita (¿qué es eremita?) y los paganos los echaban a los leones del Circo Romano. Y los sacerdotes olían muy suave, muy diferente a las demás personas mayores porque eran Ministros de Dios y discutían porque los querían hacer servirse los primeros, y decían: «No faltaba más», y tío Arturo decía: «Ande, ande, sírvase usted, don José, que ya sabemos todos que tenemos la mitra en casa.» (¿Qué es la mitra? «Los niños, a callarse.») Y todos se reían y don José empezaba a hablar tartamudeando: «Home, por Dios; home, por Dios...»; pero todos seguían riéndose y los niños también, pero con la cara tapada con la servilleta. Y después don José se levantó a dar las gracias y todos rezamos:

Jesucristo Rey de Vida,
aquel que nació en Belén,
bendíganos esta comida
por su gracia, amén.

Cuando íbamos en «Belén» a la abuela se le saltó la dentadura y cayó en el lavafrutas y chiscó toda la mesa de agua y todos nos reímos, don José también. Y hubo que empezar otra vez:

Jesucristo Rey de Vida,
aquel que nació en Belén,
bendíganos esta comida,
por su gracia, amén.

Y tío Arturo decía siempre: «¿Hay otro Jesucristo que no haya nacido en Belén?», y tía Honorina decía: «Ya salió el volterianote», y los sacerdotes se reían y todos nos desperdigábamos: las mujeres a arreglarse para la corrida, los niños al estanque a seguir la Gran Batalla Naval de Lepanto y los hombres volvían a sentarse bajo los robles y tomaban más café y más licores, y de vez en cuando se reían porque debían de estar contándose chistes. Y de repente todos los hombres se arremolinaron porque la butaca de don José se rompió y él cayó para atrás y se clavó en la cabeza un clavo que los niños habíamos pinchado en el tronco de un roble lleno de hiedra. Y era una cosa rara, una cosa horrible que no se podía pensar ver un sacerdote todo sangrando, con todo el pescuezo lleno de sangre muy brillante y muy roja y toda cayendo por la espalda un hilo rojo, rojo, sobre la sotana negra. Y era tan horroroso y tan pecado que los niños teníamos miedo de verlo porque creíamos que los sacerdotes no tenían sangre, sino sólo alma por dentro y huesos. Y cuando todas las personas mayores gritaban y corrían trayendo y llevando jarras de agua y medicinas y vendas y algodones los niños fuimos al fondo de la cochera y nos escondimos en la tartana vieja que olía tan bien, como a cosas antiguas, y estaba allí en lo oscuro porque ya no se usaba hacía mucho tiempo y a los niños no nos dejaban subirnos a ella porque el último caballo que le enganchaban había muerto de tétanos.

Por la tarde la playa estaba llena de sol color naranja y había nubes blancas y olía a tortilla de patata.

Y había cangrejos que se escondían entre las peñas y los niños éramos los encargados de enterrar las botellas de sidra entre la arena húmeda para que no se calentasen.

Y todos decían: «Qué tarde más preciosa», y los novios se sentaban apartados y cuando empezaba a oscurecer y todo estaba lila y morado estaban con las caras muy juntas sin hablar nada, como confesando.

Pero lo mejor era el baño por la tarde, cuando el sol bajaba y estaba grande y cada vez más encarnado, y el mar estaba primero verde y luego verde más oscuro, y luego azul, y luego añil, y luego casi negro. Y el agua estaba caliente, caliente, y habían bandos de peces muy pequeñinos nadando entre las algas rojizas.

Y daba gusto bucear y pellizcar a las mujeres en las piernas para que gritasen. Y luego que papá y tío Arturo y el marido de tita Josefina nos subiesen sobre los hombros y nos dejaran tirarnos desde allí al agua. Y luego que cogiesen entre dos mayores a un niño y que nos lanzaran por el aire y dijeran: «Cae al agua como un gato», y las mujeres con todo el culo hinchado como un globo debajo del traje de baño de la pera dijese: «No hagáis burradas con los niños.» Y entonces los hombres nos decían: «Vamos a darles un susto», y corríamos detrás de mamá y las tías y las demás señoras y ellas salían gritando del agua y escapaban por la playa hasta que las cogíamos y las llevábamos prisioneras hasta la orilla, y allí ellas se sentaban en la arena muertas de miedo, y tía Honorina casi lloraba diciendo a su marido: «No, no, por Dios, Arturín.» Y los niños nos retronchábamos de risa cuando decía «Arturín», y estuvimos llamando «Arturín» a tío Arturo lo menos una hora, hasta que nos cansamos. Pero luego nos cogíamos todos de la mano (y las manos de las mujeres temblaban) y entrábamos juntos corriendo en el agua y nos tirábamos a *plongeon*, pero las señoras no, sino que se sentaban y se quedaban donde no cubría tres dedos, riéndose como gallinas cluecas. Y como Albertito era tonto abría la boca y se le llenaba de agua y arena y después vomitaba y tenía siempre un resquemor amargo por dentro.

Y era divertidísimo ver las piernas de tita Josefina debajo del agua, que engordaban y adelgazaban y eran blancas y verdosas y daban asco como la panza de un sapo.

Y había una chica ya mayor recién llegada de Madrid, muy guapa, con los ojos muy grandes, muy tostada y oliendo a perfume que sentía uno no sé qué muy dentro.

Y tenía una voz muy clara y como triste y nos decía a los niños: «A ver quién es valiente y viene conmigo hasta el Camello», pero nunca se atrevía nadie: ni papá, ni

tío Arturo, ni el marido de tita Josefina, ni nosotros, y entonces nadaba ella sola hasta el Camello, que estaba muy lejos, donde casi no se veía, y eso aunque hubiese mala mar e hiciese un día gris de esos que da miedo meterse. Y nadaba con las pulseras que siempre llevaba y se veía salir un brazo cada vez brillando con el agua y el reflejo del sol en las pulseras, y a los pies iba dejando una estela de espuma porque nadaba al crol.

Y había un señor alemán, calvo, con un pantalón de baño blanco que iba con dos perros y tenía la piel roja, casi negra, de pasarse el día al sol pescando y leyendo el periódico con una toalla blanca sobre los hombros. Y luego salíamos a merendar a la playa, y para los niños habían dejado bonito, tortilla y carne empanada que sobraba del mediodía, y de postre naranjas, manzanas, peras, uvas, ciruelas y melocotones a escoger. Y había también plátanos, que era muy divertido apretarlos por un lado para que saliese la chicha y enseñársela a los mayores y que todos los hombres se riesen, nadie sabía por qué.

Y los pedazos de tortilla y las chuletas estaban llenas de arena, y las niñas tenían el pelo mojado pegado a la cara y los ojos brillantes y gritaban, saltando entre los perros, que saltaban también y ladraban y corrían a coger las algas secas que les tiraban, y luego les echaban lo que quedaba de la merienda, que era muchísimo: tortilla, carne empanada, bonito, y lamían las latas de sardinas en aceite hasta que las dejaban como espejos, y el King comía también, pero era el único, mondas de fruta.

Y como los hombres decían que no había que dejar ni un papel ni un desperdicio en la playa, «porque hay que enseñar a la gente con ejemplo», amontonábamos las bandejas de cartón y los papelorios aceitosos y las mondas y les prendíamos fuego y después enterrábamos las cenizas y latas que no quemaban.

Y después íbamos a vestirnos detrás de las rocas. Y allí la arena estaba muy fría y entraba un viento frío y los niños titiritábamos porque estaba oscureciendo.

Y luego cada cual cogía un bulto —menos las señoras— y volvíamos a casa. Y volvíamos por el camino cantando y cogiendo moras, que aún estaban calientes.

Y sentía uno la espalda pringosa y que resquemaba y empezaba a salir una luna muy grande.

Y cantaban las ranas y los sapos.

Y olía a tomillo.

Y después teníamos que pasar junto a los chigres y los merenderos, que estaban llenos de hombres bebiendo sidra y jugando a los bolos y a la llave.

Y daba gusto oír el golpe de la bola contra las maderas de la bolera o el «clin» de la chapa al pegar en la llave.

Y había un hombre cantando muy bien, y papá dijo que por qué no nos sentábamos en una mesa de aquéllas a descansar un poco, y pidió sidra para todos, los niños también, y sentimos un picor burbujeante por dentro al beberla.

Y ya era cuando empezaban las estrellas.

Y de vez en cuando se veía un trozo de mar muy oscuro que daba miedo pensar

en estar nadando por allí solo, solo.

Y papá y tío Arturo pidieron a tita Josefina que cantase «Tengo tres cabritines», y ella se puso toda colorada y dijo que cómo iba a cantar delante de toda aquella gente, y todos se rieron.

Y de repente se acercó un hombre queapestaba a vino y dio una palmada a papá en la espalda y le dijo no sé qué.

Y papá lo miró como atravesado y en seguida pagó la cuenta y marchamos.

Y se oía la música que tocaba en un baile porque era domingo.

Y cuando llegamos a Gijón íbamos todos callados, como tristes.

Y las luces de las calles eran tristes.

Y en la playa se veía el Club de Regatas lleno de bombillas de colores.

Y había mucha gente en la calle y pasaba tocando una banda de música.

Y pasaban automóviles con ruedas blancas.

Y las calles estaban regadas y brillantes y negras.

Y olía a neumático caliente y a colonia y a mar. Porque estaba en Gijón el Príncipe de Asturias.

Todos los años pasaba igual; era la noche más divertida del veraneo.

Como nuestra casa no estaba aún arreglada, los niños dormíamos en casa de tío Arturo y tía Honorina.

Yo dormía en una cama turca en la habitación de Alberto y José (a quien nosotros llamábamos el niño biberón porque hasta los ocho años y más su madre lo perseguía por el jardín con un biberón en la mano, gritando: «Pepín Pepín, ven que se enfría»), y en el otro cuarto dormían las niñas.

Entre las dos habitaciones había una puerta de comunicación, que ahora estaba cerrada.

Era una puerta blanca y brillante que no sé por qué daba mucho gusto mirarla, con un picaporte de madera roja en forma de bola.

Esta bola quedaba justo encima de mi cabeza y preocupaba mucho a tía Honorina, que decía:

—Conocí yo a un señor de Gijón que se desnucó con una cosa así.

Conocía a todas las personas que habían muerto de una manera rara: cientos y miles de Señoresdegijón y Señoradegijón que habían sido degollados por ascensores o habían muerto electrocutados por tocar el timbre desde el baño o habían muerto de una pulmonía por no querer ponerse el jersey después de jugar al fútbol.

Pero eso era «haceyamuchotiempo» en «otrodíatelocontaréconmáscalma» y eran personas formales y no chiquillos como tú.

Pero ahora tía Honorina nos daba las buenas noches desde la puerta.

La luz de la escalera estaba encendida; la sombra de tía Honorina andaba por el techo azulado de la habitación y, al contraluz, su cabeza tenía una aureola dorada como una santa.

—Ahora, a dormir —dijo.

Iba a marcharse cuando se oyó la cisterna del cuarto de baño y abrirse la puerta.

Entró una luz nueva y la sombra de la tía se hizo doble en el techo y después una otra vez.

El «sinsustancia» de Arturo venía canturreando por el pasillo y las niñas empezaron a gritar en el otro cuarto porque sabían que tío Arturo entraría en cuclillas diciendo: «¿Y qué me cuentan ustedes, distinguidas señoritas?», con voz de tiple, como la de un enano, para asustarlas.

—Arturo, por Dios, no me los excites —qué divertido era oír «eXcites»—, eres peor que ellos —decía la tía.

Pero era ya tarde; en el cuarto de las niñas había un barulllo espantoso.

Al tumulto corrió tía Honorina con una voz de pavo, diciendo lo que siempre decía:

—¡Qué gritos, qué gritos, Dios santo; creí que pasaba algo; tocarme el corazón, cualquier día moriré!

Pero ni se moría, ni nadie le tocaba el corazón, ni pasaba nada nunca. Lo único que tía Honorina era idiota.

En el techo las sombras se hacían muchas, se cruzaban y desaparecían.

En el descansillo de la escalera tía Honorina decía que los sustos así estropean el corazón de los niños, y empezó a contarle a tío Arturo la historia de la única hija de los marqueses de no sé qué, que ella había conocido cuando fue a Roma a ver al Papa y al volver fueron a la Scala de Milán, y los marqueses —qué casualidad— estaban en la butaca de al lado y ella no los conocía, ¿sabes?, porque una no es de esas que creen que conocer a la aristocracia es qué sé yo qué, y lo que hace falta no son aristócratas tontos, sino buenos católicos y buenos españoles; ¿en qué iba yo?; ah, sí, pues seguramente ellos nos oyeron hablar español y se volvieron y nos dijeron: «¿Son ustedes españolas?», y ya empezamos a hablar, y eran una gente muy simpática, sin humos de ninguna clase, ella sobre todo, muy buena, bueno y él también, no creas, un hombre bueno de verdad, y ojalá toda la gente alta fuese como él porque no estarían pasando las cosas que pasan ahora, un hombre de comunión diaria que hace muchas limosnas sin que nadie lo sepa, y sólo hombres así son los que han de salvar a España; pero hay muy pocos, y yo creo que lo que nos pasa es un castigo de Dios; ¿en qué iba yo?; ah, sí, que los pobres tenían una niña delicadísima del corazón por causa de un año, qué brutas son estas mujeres; yo conocí una que para que el niño se durmiese abría la llave del gas y lo hacía respirar el gas, y menos mal que un día la pescaron en esta faena y figúrate qué disgusto, porque ella no era mala, sino ignorante, que es lo que suele ser la gente baja, y mucho más disgusto porque ahora es difícilísimo encontrar años, etc.

Por fin empezó a sonar el gong de la cena en el piso de abajo y bajaron por la escalera y nos dejaron solos a los niños en el piso de arriba.

Entonces podía empezar la expedición. O, mejor, La Expedición, porque era una cosa importantísima.

Sólo podía ser aquella noche en todo el año y era la gran batalla de Verdún, una batalla salvaje y misteriosísima.

Era entrar a almohadazos en el cuarto de las niñas, que podían habernos sentido acercarnos por el corredor (que daba a las dos habitaciones, la de ellas y la nuestra) y estar escondidas detrás de las contraventanas con sus almohadas preparadas, tal vez con los vasos de agua de la mesa de noche llenos, aguantando la risa y los pantalones del pijama que se empeñaban en desatarse.

Y era todo emocionantísimo, y más que nada el avance astutísimo por el corredor, donde brillaba la luna y se oía croar a las ranas y silbar a los sapos, y el ruido del mar muy lejos, y se veían los faros de los coches cuando enfilaban el puente y se sentían ganas de salir desnudo corriendo por la noche, respirando muy fuerte, sin llegar a ninguna parte.

Y era también emocionantísimo lo de entrar en el cuarto si las niñas no estaban preparadas (como el verano antepasado) y a la claridad de la luna tirarles por las sábanas y cuando fuesen a levantarse tirarles la almohada a la cabeza y después quitarles del todo la ropa de la cama para que nadie pudiese protegerse con las mantas y cuando se revolviesen furiosas como hembras de chacal acorraladas lanzarles una descarga general de almohadas y luego salir corriendo por el corredor y ellas, furiosísimas, detrás de nosotros con las almohadas en la mano y que nos alcanzaran, y luego la lucha cuerpo a cuerpo, con el pelo de Helena haciéndome cosquillas en la cara y después sujetarla y hacerla pedirme cuartel con la mirada y no dárselo y oírla decir, rabiosísima: «Bruto, salvaje, bestia, idiota», y luego echarse a llorar de una manera distinta, muy triste, que llenaba de una cosa que no era pena, pero que no era alegría tampoco, una cosa rara que daba ganas de llorar muy suavemente, en algún lugar apartado, donde nadie me oyera y llorar, llorar toda la vida, muy contento de estar llorando siempre.

Alberto se incorporó misteriosamente en la cama y chistó. José y yo contestamos y salimos los tres hacia el corredor, de puntillas, con las almohadas blancas en la mano.

Gran silencio, silenciosísimo, frigidísimo como en la Gruta de Orbelkismoff Grandsen Lewisky después que su hija, la princesa Alda, murió ahogada en aquel lago triste del atardecer y la melancólica voz de Julia llamaba casi sin esperanza desde las cumbres de las Montañas Rocosas; silencio para repetir en un bosque lejanísimo «quacumque, quacumque, quacumque», como en una catedral de muertos en las mesetas solitarias, altísimas y frías del Tibet.

Alberto, asomándose al cuarto de las niñas, nos hizo la seña «sin novedad y adelante» y entramos cautelosos.

Las niñas dormían suavemente como gatitos de terciopelo azul pálido. Yo me acerqué a la cama de Helena. Olía tibiamente como los nidos con crías. Helena dormía con la cara en la almohada y su largo pelo rubio recogido sobre la espalda. Respiraba muy despacio, tan suave que me remordía la conciencia arrancarle las sábanas para empezar la batalla. Pero Alberto me miró y cerré los ojos y tiré por la colcha temblando de remordimiento. Estaba como imbécil.

Helena se despertó gritando y empezaron los almohadazos. La lamparilla de noche saltó del tocador y con estruendo afilado y antipático se estrelló contra la pared de enfrente.

—¡La batalla de Verdún, la batalla de Verdún! —gritaban Alberto y José como locos.

—¡Defiéndete, viejo lobo, tu hora ha llegado al fin!

Y José:

—¡La artillería alemana barre las defensas francesas!...

Las defensas francesas —Pili y la Nena— se resistían ferozmente a ser barridas cuando Helena, de pronto, con una voz extrañísima gritó:

—¡Quietos, fuera de aquí! —y encendió la luz y empezó a chillar llamando a tía Honorina.

En circunstancias normales era una gran traición llamar a las personas mayores para protegerse, pero ya no había entonces circunstancias normales.

Helena, muy seria, sentada sobre la cama deshecha, estaba toda encarnada, con los ojos brillantes y medio cerrados y mirándonos asustada y casi con odio.

Yo la miraba y no sabía hacer otra cosa que mirar al suelo y torpemente tratar de abrocharme la chaqueta del pijama.

—¿Qué venías a hacer aquí? —preguntó Helena.

—¿A qué íbamos a venir?, a lo de todos los años, a la gran batalla de Verdún...

Pero nadie sabía por qué, ahora resultaba imposible contestar a lo que veníamos. La gran batalla de Verdún era una cosa que no se comprendía cómo podía habérsenos ocurrido nunca, una cosa que bien, bien mirado, nunca nos había divertido nada, que nunca... ¿qué sé yo?... que nunca nada...

Volvieron a entrecruzarse las sombras por el techo. Tía Honorina entró como una tromba marina de Borneo limpiándose la boca con la servilleta, toda gesticulante...

—¡Dios mío, Dios mío! —decía—, ¿por qué me enviasteis esta cruz, Señor? —y se ponía tan ridícula diciéndolo que Alberto y José se le murieron de risa en la cara.

Yo no, yo no podía. Vagamente presentía que Dios, en efecto, le había mandado una cruz. Y Helena también debía presentirlo porque me miraba muy seria, como en misa, y no hablaba nada.

La alfombra estaba llena de calcetines, vestidos, lazos de pelo, miraguano y trozos de lamparilla.

Tía Honorina nos echó también unos ojos como nunca la habíamos visto y por señas nos dijo que saliéramos.

Salimos, muy callados, entre sorprendidos y tristes, como Adán y Eva del Paraíso, y sin comentarios nos metimos en la cama.

Mi cama estaba tibia y deshecha como la de Helena. No sé por qué presentía que no habría castigos, ni riñas siquiera, y que nunca nadie nos volvería a hablar de aquella expedición, ni las personas mayores, ni tío Arturo, ni Helena tampoco, seguramente...

Pero no podía dormirme. Daba vueltas y vueltas, y las sábanas se salían por todas partes. Y además..., no, no puedo explicarlo...

El techo de la habitación era azul y altísimo y temblando. Y olía a éter y sonaba como un zumbido de abejas, como por los veranos a la hora de la siesta...

Pero no, no es así, no puedo explicarlo...

La luz del faro se acercaba y se acercaba y entraba como lamiendo la pared donde estaba mi cama, y las sábanas, y el techo, y el suelo, y mi cara. Y todo se llenaba de rayas brillantes. Y una vez, de pronto, en medio, pero muy alto, en medio de una cúpula muy grande y azulada y toda la música sonando con mucha tristeza... Pero nunca podré explicarlo bien... Sí, y Helena detrás, llamándome, desnuda, toda

llorosa, desde un prado muy oscuro y triste. Y papá y mamá y tío Arturo y tía Honorina y todos asomados a las ventanillas iluminadas de un tren diciéndonos adiós, adiós, a Helena y a mí, que íbamos desnudos por la nieve, todo sin ningún árbol, con un hombre detrás con un látigo y sabíamos que nunca jamás los volveríamos a ver...

Y así, y así, y así siempre, con Helena hablándome, quedo, quedo junto a la oreja, por este país raro y alto, y azul, y lleno de rayas brillantes y de repente que todo se hunde y como si se deshiciera y todos tenemos que recoger las grandes rayas brillantes que casi nos ciegan y muy lejos veo otra vez a Helena llorando muy callandito, acariciando a una corza pequeñita en un prado muy verde y muy ancho y muchos pájaros cantando por el cielo y unas olas brillantes y blanquísimas y todos a correr más allá del viento, más allá del viento corriendo con los ojos cuajados de lágrimas...

II

EN INVIERNO

Y al final teníamos los pies fríos y la cabeza caliente y una cosa como un sopor y un velo rojizo sobre los ojos y la boca temblorosa y reseca. Pero lo peor no era nada de esto, sino el remordimiento...

El cuarto estaba en penumbra. La última claridad del crepúsculo iba hundiéndose detrás de los tejados, detrás de los árboles del jardín del colegio, detrás de una gran soledad como un enorme vacío amargo que se acercaba, que venía creciendo, haciéndose cada vez más cóncava, y nos íbamos sumiendo en ella como en la muerte... Y era de verdad la muerte, porque habíamos perdido la gracia de Dios, que era peor que perder la vida, porque era hacerse reos otra vez de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, y esto después que Jesucristo había muerto por nuestra salvación. Y esto sí que era una ingratitud, un pecado horroroso, peor que asesinar a nuestra madre o a nuestro padre, mucho peor, porque al fin y al cabo ellos sólo nos habían dado la vida temporal, y Jesucristo nos la había dado eterna. Y pecar era como echar la Sangre de Nuestro Señor a los perros o todavía peor, que no se podía comparar con nada. Y no nos importaba nada el infierno, sino el dolor por nuestra ingratitud. Y a veces pensábamos que en el infierno estaríamos más felices que allí, porque sabríamos que Dios se estaba vengando de nosotros con todo derecho, y a la vez podríamos odiarlo con nuestra rabia. Y era uno más feliz odiando a Dios que sabiendo que Él había muerto por nuestro amor y que nosotros le amábamos, y que sin embargo pecábamos y volvíamos a colocarle la corona de espinas y volvíamos a darle latigazos y volvíamos a cargarle con la cruz y le volvíamos a clavar en la cruz y a levantarlo; que se le rasgarían horriblemente las heridas de los clavos al hundirse la cruz en el hoyo y de repente quedar parada en seco al chocar con el fondo; y que después volvíamos a darle la esponja con vinagre y hiel y luego la lanzada en el corazón. Y nos quedábamos todos silenciosos y con miedo, y mucho más que con miedo con dolor, porque éramos malos y merecíamos que Dios nos matara a todos de repente y que fuésemos al infierno en vez de ir a casa a cenar, allí con papá y con mamá, que no sabían nada y nos besaban sin saber que estaban besando a condenados. Y daba como grima besar a mamá que era tan suave y tan blanca y tan buena y tocarla con los mismos labios que habían besado aquellas láminas con aquellas mujeres desnudas y asquerosas y malolientes.

Y era imposible seguir viviendo así, sabiendo que cada minuto, que cada segundo más en pecado era hacer sufrir a Jesús otra vez su agonía; y a cualquier parte que se mirara, sobre una pared, sobre el suelo, sobre el cielo, se veía la cara de Jesús muy triste, con unos ojos grandes y profundos y la corona de espinas sobre la cabeza con muchos hilos de sangre que le caían por la frente y toda la cara. Y aquella sangre se hacía más y más y empapaba el suelo que se pisaba, y uno no podía casi correr y

estaba uno como pringoso por todo el cuerpo. Y mientras se estaba en pecado mortal todos los días eran grises aunque hiciera sol y todas las cosas salían mal y le preguntaban siempre a uno la única lección que no había estudiado, y papá estaba de mal humor y mamá más triste, y cuando se jugaba al fútbol no le pasaban a uno o si le pasaban desperdiciaba uno los pases de la manera más tonta, y además siempre que uno estaba en pecado mortal perdía el Sporting aunque jugase en casa o empataba, que jugando en casa era como perder. Y era difícilísimo explicárselo porque uno pensaba: «Bueno, porque se esté en pecado Dios no puede castigar a toda la demás gente que quiere que el Sporting gane.» Pero esto eran grandes misterios que valía más no pensar, igual que el de que si Dios sabía antes de crear el mundo que Luzbel se iba a rebelar y que iba a haber mucha gente que se condenase eternamente por qué creó el mundo. Y además, aunque el Demonio no hubiese existido y no hubiese habido pecado original y todos hubiésemos sido muy felices en el Paraíso terrenal, tampoco se explicaba para qué había creado Dios a Adán y al Paraíso y al mar y a las estrellas y a todo. Y luego había lo de los hijos de Adán y Eva que tenían que haberse casado hermanos con hermanas, que es pecado mortal. Y muchas cosas más.

Pero todas estas dudas venían de que los hombres no podíamos conocer realmente nada de lo que verdaderamente pasaba en el mundo, y, por ejemplo, nosotros no veíamos nada más que los colores que estaban entre el rojo y el azul, pero había muchos más, y luego todos los líos de las velocidades de las vibraciones y de los rayos infrarrojos y los ultravioleta. Pero además, aunque uno pudiese ver los colores entre el rojo y el azul, no estábamos nunca seguros de que los demás los veían igual que uno, porque si, por ejemplo, a una persona desde que nace se le dice que tal color se llama verde, pero ella lo ve como yo veo el rojo y ella ve el rojo como yo el verde, nunca descubriremos en nuestra vida que queremos decir cosas distintas cuando hablamos de rojo o de verde. Y si esto es así en cosas tan sencillas como colores en las demás cosas el lío debe de ser mucho mayor. Y además tampoco podemos fiarnos de la razón. Porque si cogemos dos rectas convergentes y las vamos separando resultará que cada vez se cruzarán más lejos pero jamás serán paralelas, porque uno no puede pensar en qué momento se pegará el salto después del cual las dos rectas no se encontrarán ya en ningún punto, y mucho menos se puede pensar que las rectas serán divergentes; con lo que resultará que, bien mirado, en el mundo sólo hay rectas convergentes, y esto es una idiotez. Pero esto demuestra que no nos podemos fiar de la razón y que los argumentos de los volterianos y los impíos no valen para nada, sino que hay que ser humildes y reconocer la limitación de la inteligencia humana y someterse a la autoridad de la Iglesia, porque es la única manera de ir al cielo y ver a Dios, y viendo a Dios comprender de repente todo lo que nos atormentaba porque no lo podíamos entender, y al comprender esto amar, admirarse y sentir como nunca el poder de Dios.

Pero esto no se podía pensar estando en pecado mortal, sino que estando en pecado mortal el Demonio nos llenaba de pensamientos rastreros, y uno no tenía gana

de ir al cielo y le parecía que no se tenía seguridad de nada ni siquiera de que Dios existía ni de que la Santa Virgen María existía y se sentía uno solo y triste y como si le apeteciera escupir a todo y a los curas y a las iglesias también. Pero no se podía vivir así, porque le entraba a uno un picor por la espalda y ganas de arrojar y sobre todo porque todo era tan triste y siempre llovía y todo olía a pastillas contra la tos y no se ponía ilusión en nada; y luego siempre viendo la cara de Jesús que no decía nada, pero que nos miraba tan adentro y con toda la sangre cayéndole. Y al final uno no tenía más remedio que ir al cuarto del Padre Espiritual.

Y el cuarto del Padre Espiritual olía a un jabón dulce y a humedad, y el Padre Espiritual estaba escribiendo con una lámpara con pantalla verde, y se veía la mano tan blanca y tan suave escribir muy despacio con una letra grande y redonda, y daba un gusto especial seguir con los ojos la pluma y ver cómo remataba aquellas letras, y sentía uno como una alegría no sé por qué cuando terminaba una palabra o una letra mayúscula; pero a poco a poco uno se iba poniendo nervioso porque el Padre Espiritual no decía nada, y aquella mano escribía tan despacio que parecía que no iba a acabar nunca, y se oía a los demás mediopensionistas que estaban saliendo ya del colegio y a los internos que pasaban en filas hacia el comedor para la cena y, sobre todo, que ahora la imagen de Jesús mirándonos se hacía más clara y más grande, y sus ojos estaban llenos de lágrimas, y uno no podía resistir aquella mirada y se echaba llorando a los pies del Padre Espiritual, que dejaba de escribir y le acariciaba a uno la cabeza diciendo: «Hijo mío, hijo mío», y la sotana olía lo mismo que la habitación, pero más fuerte y además un poco a bolas de la polilla.

Y cuando uno levantaba la cabeza veía la cara del Padre Espiritual con una sonrisa como de muerto, muy quieta, y unos ojos tristes como los de Jesús, un poco cerrados, mirando fijamente no se sabía adónde por encima de uno. Y toda la habitación estaba oscura menos la mesa y un trozo del brazo izquierdo del Padre, y sólo se oía el tic-tac del reloj del Padre Espiritual que estaba sobre la mesa a los pies de un Cristo de marfil amarillento con la cruz negra como los crucifijos de los ataúdes. Y uno no tenía que decir casi nada, solamente llorar y llorar que daba como una alegría que no se puede explicar, pero que era como si estuviera uno entrando otra vez en una gran casa iluminada donde estaban esperándonos papá y mamá y nosotros viniéramos como de un país oscuro y triste y fangoso y lleno de frío y donde todas las personas eran desconocidas y nos odiaban. Y parecía como si la gracia de Dios fuese como una ducha caliente y que se nos fuera cayendo, resbalando cuerpo abajo una grasa viscosa y que todas las cosas pesaran menos y viésemos mejor.

Y después el Padre Espiritual le cogía a uno de la mano y lo llevaba abajo a la capilla, que estaba sola y oscura y olía al sudor y al vaho de los demás que acababan de salir. Y el Padre Espiritual se tapaba la cara con las manos y agachaba la cabeza y empezaba a rezar una Estación al Santísimo Sacramento que estaba allí enfrente de nosotros con una candela moribunda y rojiza ardiendo delante. Y después rezamos el Yo Pecador y el Señor Mío Jesucristo. Y uno casi no podía rezar porque se le

trabucaban las palabras y le entraban a uno ganas de echarse a llorar otra vez y quedarse siempre allí en la capilla tan cerca de Jesús que era tan bueno y estaba allí solo. Y uno querría más: ir de misionero entre los indios salvajes y que pasara uno hambre y fatiga y sueño, pero todo por Jesús, y que luego lo sacrificaran a uno con todos los salvajes tocando el tan-tan alrededor y todos bailando borrachos y completamente desnudos y las mujeres también. Y de repente se daba uno cuenta que estaba pensando en las mujeres desnudas salvajes y que estaba uno pecando otra vez, y ahora era más horrible todavía porque estaba uno en la capilla y con el Padre Espiritual rezando al lado, y enfrente de uno Jesús Sacramentado, y casi no se podía pensar de pecado que era. Pero uno no tenía la culpa, porque no se podía nunca saber lo que se iba a pensar al momento siguiente, sino que los pensamientos venían unos enganchados a otros, y no valía para nada cambiar de pensamientos, porque en cualquier cosa que se pensase podía siempre el Demonio meter un pecado. Y tampoco valía decirse: «No voy a pensar en nada» porque no se puede pensar en nada nunca, y por lo menos uno tiene que pensar que no quiere pensar en nada que ya es pensar en algo. Y lo único que le podía quitar a uno los malos pensamientos era imaginarse una mujer haciendo sus necesidades, y fijarse en todos los detalles y concentrarse en aquello hasta que uno sintiera que había pasado la tentación. Pero daba como asco pensar en aquello allí en aquel momento, y no se sabía qué hacer, porque en cuanto uno se descuidaba el Demonio se colaba como por las rendijas de los pensamientos y aparecían los carteles que anunciaban Carnaval en Río que estaban en los coches cama, o los dibujos de *Lo que el joven debe saber antes del matrimonio* o las fotografías de arte por Manassé, y uno no podía empalmar y soldar unos pensamientos a otros tan aprisa que todas aquellas cosas no tuvieran tiempo a salir. Y no valía para nada rezar Avemarías como nos decían en los Ejercicios, porque aunque en las primeras uno podía pensar en el ángel que venía y anunciaba a la Virgen que iba a ser Madre de Dios y luego pensar en cada palabra con mucho cuidado era imposible pensar las mismas cosas cada Avemaría que se rezara, porque no, porque era muy aburrido pensar treinta o cuarenta veces las mismas cosas y al Demonio le era facilísimo entonces vencernos. Y era horrible cómo se sufría todo el tiempo luchando y luchando contra la tentación, y uno pensaba si no sería mejor morir en seguida en gracia e ir al cielo donde por fin aquel sufrir ya se habría acabado y el Demonio no tendría ninguna fuerza. Y otras veces uno se preguntaba si no se podrían probar unas pastillas, como una especie de Aspirina o de Veramón para quitar las tentaciones. Y además parecía que Dios era injusto, porque nosotros no teníamos la culpa de haber nacido. Porque nacer era jugarnos ir al infierno por ir al cielo y si nosotros decíamos que bueno, que nos jugábamos el peligro de ir al infierno por la probabilidad de ir al cielo, muy bien, entonces Dios tenía razón en mandarnos al infierno si perdíamos, pero de otra manera no, porque nos metían como en un partido que no teníamos más remedio que jugar y además que uno no sabía por qué iba a tener la culpa de que Adán y Eva pecasen, porque uno no estaba allí para decirles que

no comiesen la manzana. Pero pensar en estas cosas era pecar también porque todos los misterios son mucho más complicados de lo que uno se piensa, y, si se piensa bien, uno no sabe nada en absoluto, y sabe Dios cómo serán de verdad las cosas.

Porque a lo mejor en una molécula de mi cuerpo hay muchos átomos y dentro de cada átomo electrones y protones y dentro de cada electrón y cada protón otros bichitos todavía más pequeños y dentro de éstos otros y dentro de éstos otros mundos como el nuestro, con cielo y con mares y con barcos y hombres y mujeres y guerras y religiones y todo, o si no son cosas exactamente igual que las de nuestro mundo por lo menos cosas que nosotros no podemos imaginar, pero que vienen a ser parecidas. Y a lo mejor el mundo en que nosotros vivimos no es más que una parte, de una parte de una parte de una parte de un electrón de un átomo de una molécula de un pelo de sabe Dios qué gigante o cosa rara que nosotros no podemos pensar. Y a lo mejor este gigante o lo que sea no es más que un hombre que vive en una choza en una aldea de una comarca de una provincia de una región de un estado de un continente de un planeta de un sistema planetario de un universo que es una parte de un electrón de un átomo de una molécula de otro pelo de otro gigante requetetrillonésimas veces más grande y así hasta que se vuelve uno casi loco de pensar. Porque se vuelve uno como loco de pensar estas cosas, y aunque uno piensa que a lo mejor son verdad, uno no puede creerlas del todo, porque no puede haber cosas tan extravagantes y tan grandes, aunque sabe Dios lo que piensan de los hombres las moscas por ejemplo.

Y si a una mosca se le ocurriese que donde ella estaba posada era el pantalón de un jugador de fútbol, y que a los pocos momentos el jugador iba a venir a ponérselo para jugar un partido que pertenecía a la primera división de la Liga de España, y que había otro campeonato en Inglaterra y otro en Alemania y otro en Italia y así en cada país importante del mundo, a la mosca le parecerían completas locuras y habría muchas que sería imposible que la mosca llegara a pensar nunca, como el binomio de Newton o la fórmula de la nicotina. Y así igual sabe Dios la de cosas que existen de verdad y que nosotros no podemos darnos cuenta de ellas y cosas mucho más raras que el misterio de la Santísima Trinidad y que a lo mejor están pasando en este momento y nosotros somos una parte de ellas y no lo sabemos.

Y es como si a lo mejor el tiempo no existe y en este momento Hernán Cortés está entrando en Méjico o Moisés está pidiendo a Dios que se abra el Mar Rojo o..., oh, esto sí que es formidable porque... oh, en este momento Adán y Eva están comiendo la manzana y por una cosa misteriosísima es como si yo cuando peco como la manzana con ellos y yo mismo —yo mismo— cometo el pecado original, y eso es sensacional, y es que además se puede pensar como si cada uno de los hombres que han existido y existirán en el mundo fuese Adán y las mujeres Evas y entonces ya se explicaba por qué uno tenía que responder por el pecado original... Pero esto era mucho más lío y al final uno ya casi no podía pensar y era como una cosa suave y refrescante oír el armónium muy dulce donde el hermano Hermida estaba ensayando,

que estaba en el fondo de la capilla donde todo estaba oscuro menos una bombilla amarillenta encima del armónium, y se veía al hermano Hermida balancearse muy despacio y la música era siempre en las notas altas y llena de trémolos, y uno pensaba siempre en la Virgen que venía entre las nubes acercándose con el Niño Jesús en los brazos y sonriendo muy buena y muy hermosa como diciéndonos que uno iba a ir al cielo seguro. Y uno no sabía cómo agradecerle aquella sonrisa y quisiera luchar y morir por la Virgen que era tan suave y tan guapa y tan pobre. Y le hubiese encantado a uno que todos los hombres estuviesen persiguiendo y queriendo matar a la Virgen, y que la Virgen sólo tuviese a uno para defenderla, y que uno tuviera primero que huir con ella por el bosque lleno de nieve, en invierno, y esconderse los dos en una cueva y muchas aventuras más hasta que ya los enemigos nos alcanzaran y vinieran todos gritando a matar a la Virgen, y la Virgen se estuviera muy quieta y muy pálida, en medio de un monte sin árboles, de rodillas, rezando, y entonces uno como desnudo y lleno de rabia y de coraje porque ellos eran tantos y la Virgen era una mujer sola y tan buena y tan suave, se tiraba contra todos ellos, y no se sabe cómo los iba matando a todos que daba un gusto y una cosa verlos echar sangre por la boca como los toros después de una buena estocada y tambalearse también como los toros y retorcerse todos y sufrir y venga a sufrir y morir muy despacio hasta que no pudiesen más de dolor; y aunque uno estaba lleno de sangre y la boca le sabía a uno salada uno tenía una alegría bárbara y rabiosa en ir donde estaban los moribundos y meterles palos por los ojos y que saliese una salsa rojizo-verdosa y si chillaban meterles la punta candente de un hierro por la garganta y así todo, y retorcerles los brazos hasta romperles el hueso e ir apretándoles la cabeza con una especie de prensa hasta que de repente ¡clac! se partiese como una avellana, y entonces les saliese un borbotón de sangre por los oídos y por los ojos y por las narices y por la boca, y que ellos se abrazaran a las piernas de uno llorando suplicando que no los atormentásemos, que no los matésemos y uno atormentarlos y matarlos y decirles por adelantado los tormentos y que iban a morir para que sufriesen más.

Y de repente se daba uno cuenta que le dolían los dientes de tener las mandíbulas apretadas y le dolían las uñas de tenerlas clavadas en el respaldo del banco de delante. Y sentía uno como si el pensar fuese tener la cabeza llena de bichitos pequeños como perdigones que daban vueltas muy de prisa y cada vez más, hasta que iban dejando unos surcos humeantes por dentro de la cabeza, y era imposible de resistir, y los bichos cada vez daban vueltas más de prisa y cada vez más candentes, y uno temblaba todo porque tenía miedo a morir y morir en pecado mortal, que era en lo que uno estaba en aquel momento, y además mamá, que era tan buena, y papá y todos los de la casa, y además porque uno hubiese querido ver más cosas de la vida y hacer grandes viajes y sobre todo por las islas del Pacífico, por la noche, con una gran luna y un cielo azul casi lila y en una gran playa con unas olas blancas rompiendo con un ruido muy hermoso sobre la arena y la espuma resbalando cada vez más despacio, con cortezas de árboles flotando, hasta el mismo pie de los cocoteros y uno tumbado

allí cerca respirando muy despacio entre una hierba seca que olía muy bien, completamente solo y una música de banjos subiendo y bajando al fondo, entre los árboles, con candiles de colores encendidos. Y que de pronto aparecía una muchacha hawaiana toda desnuda sólo con un collar de flores blancas muy grandes y dos flores blancas también en la cabeza y a los dos lados de la frente y con los dientes muy blancos, blanquísimos, y sonriéndose y con el cuerpo duro y brillante, y sin decir nada, ni una palabra, sólo sonriéndose y se tumbaba al lado, y uno no hacía nada, sólo acariciarle muy suavemente el pelo. Y estábamos juntos mucho tiempo, hasta que empezaba a amanecer, y había una gran alegría, y todos los pájaros empezaban a cantar, y pasaban bandos de pájaros muy grandes, como pavos reales, con las plumas brillantes azules o rojas o amarillas reluciendo a la luz del sol que se levantaba sobre el mar, y casi lo dejaba a uno ciego de luz. Y entonces uno estaba medio adormilado y sentía el brazo tibio de la muchacha y sus manos que le cogían a uno la cabeza y luego su aliento y sus labios que se acercaban entreabiertos con los dientes blancos más adentro y en el medio la lengua toda temblorosa. Y sin saber por qué le entraba a uno un asco terrible de todo aquello y se sentía uno con fiebre y como chapuzándose en un baño lleno de brea y le entraban unas ansias horribles de escapar, de escapar...

Pero sobre todo sentía uno el dolor por la propia debilidad, porque jamás se podría, vencer a la tentación y era inútil rezar ni hacer nada. Y se sentía uno completamente despreciable, como un asno o un cerdo o el animal más bajo. Y se tapaba uno la cabeza entre las manos y lloraba, con los ojos ardiendo de rabia por la miseria de uno, y después, cuando este primer arrebató se pasaba, lloraba uno con una pena y dolor muy hondos, que le ponían toda la carne de gallina, y si se palpaba uno se daba cuenta que casi no le latía el corazón. Era una gran tristeza por la lejanía de Dios, porque no nos veía ni nos escuchaba y no le importaba nada que le amáramos ni que día y noche estuviésemos luchando contra el Demonio. Una gran sombra fría penetraba muy despacio en el alma, y se sentía uno tan solo y olvidado de Dios, casi como una cosa más del mundo: como un gusano o una mesa o una nube. Y se pensaban más cosas, cosas mucho más horribles que no se pueden ni escribir, y llegaba uno a odiar a Dios con toda la furia del alma y a la vez, misteriosamente, a amarlo muchísimo más, como si se le odiase porque se le amara.

Y de pronto, cuando ya no se podía resistir más, cuando ya sentía uno quemarle por dentro la alegría de entregarse al Demonio, y se sentía el gozo difícilísimo de explicar en insultar, herir y ofender a lo que amábamos con tal pasión que por la certidumbre de que Él nos amaba hubiésemos dado la vida sin vacilar, en este momento la Virgen Santísima María bajaba al fondo de nuestra alma y decía: «Dios te ama.» Y entonces el mundo entero cambiaba y se llenaba de felicidad, y era como si un gran cielo azul se extendiese sobre todas las cosas y siempre fuese la mañana de un domingo de sol, un domingo inmenso, eterno, feliz de primavera, que no se puede contar con palabras. Y aquella vez sucedió así. Que sentí el cuerpo y el alma hinchados de alegría y de un gran sosiego y de un gran amor a todas las cosas. Y me

hubiese gustado atreverme a decir al Padre Espiritual que seguía rezando a mi lado cómo lo quería y al hermano Hermida que seguía en el armónium tocando muy suavemente también, y a todos los amigos y a toda la gente de casa y a todas las personas y a todos los animales y a todas las cosas que existen en el mundo.

Y entonces empezó una gran época de felicidad.

Cuando volví a casa a cenar encontré allí a los primos, que habían venido para el partido del día siguiente, y todo estaba lleno de gritos y de alboroto. Habían venido también tío Arturo y otros amigos de papá, y todos los hombres estaban sentados junto a la chimenea, fumando y tomando coñac con seltz. Me dijeron que me sentara con ellos y me preguntaron qué me parecía la alineación de los equipos —sobre todo el Sporting— y qué se decía por el colegio sobre la forma de algunos jugadores.

—Porque yo creo —dijo uno de los amigos de papá— que no hay sitio en España donde más se sepa de fútbol que en un colegio de jesuitas.

—Y que salieron de allí jugadores estupendos.

Y luego empezamos a sacar entre todos qué jugadores buenos habían salido de los jesuitas, y había muchísimos, sobre todo en el Athletic de Bilbao. Yo nunca había sido más feliz. Era la primera vez en mi vida que tomaba parte en serio en una conversación de los hombres y ¡qué gusto daba estar entre ellos, oyéndolos hablar tan pausado, tan seguros, riéndose solamente de las cosas que verdaderamente tenían gracia, sin saltar tontamente de una cosa a otra como los chiquillos ni ponerse a gritar todos a la vez y a decir bobadas como las mujeres! Y sobre todo estar allí, sentado junto a papá, viendo las llamas de la chimenea reflejarse en los vasos y en la botella de coñac y en la de seltz y todos los hombres con sus cigarrillos humeando y el color azulado del humo.

Y como había allí un amigo de papá que era directivo del Sporting me preguntó por Colubi, que era un chico argentino compañero mío de colegio, pero mucho mayor que yo, ya de sexto, que era estupendo jugando al fútbol y al que iban a probar para el infantil del Sporting y, si daba resultado, dentro de dos años jugaría en el primer equipo. Yo les dije que dentro de unos días iba a jugar el equipo del colegio contra el Instituto y que Colubi jugaría. Entonces el directivo dijo que él y el entrenador del Sporting iban a ir al partido y que si no me importaría presentarles a Colubi, porque querían hablar con él si les gustaba. A mí me encantaba intervenir de alguna manera en que Colubi jugara en el Sporting y les dije que sí, que no faltaba más. Estaba radiante.

Luego empezaron a recordar cosas antiguas de fútbol y la juerga que se habían corrido mi padre y todos una vez que habían ido a Santander a un partido de desempate entre la selección asturiana y la vasca, y que se empezaron a calentar discutiendo con unos bilbaínos, y después del partido les ofrecieron el desquite al ajedrez, y fueron jugando partidas de ajedrez hasta Bilbao, después a San Sebastián y terminaron todos en Biarritz, sin avisar nada en casa y sin francos para pagar el hotel.

Y todos se reían recordando las aventuras en Biarritz donde los tomaron por

acompañantes del Príncipe de Gales que entonces estaba allí y de una fiesta nocturna en el casino donde mi padre y los demás amigos subieron donde estaba la orquesta, hicieron callar a los músicos y empezaron a cantar. Todos se reían recordándolo, y entonces tío Arturo dijo: «¿No era esto?» y se levantó de la butaca y con el vaso de coñac en la mano izquierda y la mano derecha en el corazón como un tenor italiano empezó a cantar con voz muy suave echándose para adelante:

Abre la puerta nena que vengo frío que vengo helado,
soy capitán de un barco que se ha perdido que se ha
extraviado...

—¿Extraviado o naufragado? —preguntó papá.

—Nosotros decíamos extraviado —contestó tío Arturo—; a mí me lo enseñó así la criada.

—Entonces no hay más que hablar —dijo otro de los hombres.

—¿Quién se acuerda de qué cantamos después? —volvió a preguntar tío Arturo.

—Santos Dumont —contestó mi padre.

Y de repente se levantaron todos de las butacas con los vasos de coñac en una mano y la otra sobre el corazón imitando a tío Arturo y cantaron aquello de:

Santos Dumont ha inventado un globo
que lo quiere dirigir por los aires solo...

Yo me levanté también a cantar, y tío Arturo dijo:

—Hay que darle combustible al chaval también.

Y papá sonrió, y tío Arturo cogió un vaso y me sirvió coñac con seltz y me lo entregó haciéndome una reverencia diciéndome:

—Eres ya un hombre.

Y luego empezamos todos a cantar otra vez:

Santos Dumont ha inventado un globo
que lo quiere dirigir por los aires solo...

Y en este momento entraron en la habitación mamá y tía Honorina y mamá dijo:

—No me hagáis beber coñac al niño.

—Únanse las damas al canto —dijo papá, y medio a la fuerza hicieron a mamá y a tía Honorina unirse al coro y les sirvieron también coñac con seltz.

—No, no, por Dios —protestaron las señoras, y luego—: Bueno, bueno, basta ya, que luego se le sube a una a la cabeza.

Pero mamá y tía Honorina empezaron también a reírse y a decir «Qué gansos estáis hechos», y papá pasó el brazo alrededor del talle de mamá, y tío Arturo hizo lo mismo con tía Honorina, y los demás hombres empezaron a sisear y a decir «Eso no vale» y a reírse todos otra vez. Y luego, todos juntos, siguió la canción:

Sentado en su barquilla va...

Y entonces apareció Olvido la criada y dijo:

—Está la cena —y abrió la puerta del comedor.

Y entonces apareció la mesa con la vajilla de los grandes días y las servilletas almidonadas como en los banquetes y candelabros con las velas encendidas. Y entraron en el comedor todos los primos —Alberto, José, Pili y la Nena— que habían estado bañándose y lavándose las manos para cenar y empezaron a reírse de nosotros y a aplaudir.

—Hay que apagar la luz para ver el efecto —dijo tío Arturo.

Y Olvido, que estaba en la puerta, casi llorando de risa, medio tapándose la cara con el mandil, apago las luces. Y entonces sólo quedó la claridad de la chimenea de leña en la sala y al fondo, en el comedor, las diez velas de los candelabros, cinco a cada lado de la mesa, y el fulgor de los vasos y los cubiertos y los platos y los jarros con flores.

—Sobresaliente a las señoras —dijo uno de los invitados, y mamá dijo:

—No se fíe de las apariencias, todo es de lo barato.

—Señora, el arte no tiene precio.

Y entonces yo sentí por dentro una felicidad tan grande, que todo mi cuerpo temblaba y me reía sin saber por qué. Me sentía lleno de la gracia de Dios, en paz con Dios y con todas las personas que más quería amigas y felices a mi lado y me hubiese gustado que el mundo se parase en aquel momento y que el tiempo dejase de pasar y que aquellos instantes durasen siempre. Pero tampoco quería eso. Porque mañana iba a ser seguramente un día todavía más alegre, todavía más lleno de felicidad, y seguramente pasarían grandes cosas que uno no podía ni soñar en aquel momento.

—Adelante, hacia el festín de Baltasar —dijo papá, y todos empezamos a marchar hacia el comedor.

Todo el mundo hablaba a la vez y se reía, y tío Arturo se colocó delante, como si fuese el capitán de las tropas, y rompió a cantar lo que seguía de Santos Dumont:

baja, Santos Dumont,
haló,
que aquí te espera
una comisión
de Antequera...

Y todos los demás, poniendo las manos de visera y mirando hacia abajo como si estuviéramos en la barquilla del globo, entramos en el comedor cantando:

Que vaya donde quiera ella
que yo no me he de bajar,
que me pienso dirigir
al Peñón de... Gibraltar,

mientras los primos gritaban y aplaudían y se reían con la mejor gana del mundo.

III

EN VERANO OTRA VEZ

Era por la mañana. Íbamos en carro y el carro olía a hierba seca y a manzanas maduras.

La burra se llamaba Manolina y era gris.

Gris.

Íbamos a la estación a buscar a los primos que llegaban de Madrid a veranear.

El jardinero, que es el dueño del carro, se llamaba Manuel el Jardinero y era jardinero y arreglaba el jardín para que no salieran boliche y hierba entre las flores del jardín.

Manuel el Jardinero huele a vino y nos daba un vaso cuando íbamos a su casa mientras cenaba y levantaba el vaso mirándolo al trasluz para decir muy serio: «Sangre de Cristo», y dejaba la marca de los dedos en el vaso y arreaba la burra con una vara de avellano muy brillante.

Unos prados están llenos de rocío y otros ya llenos de sol y de amapolas.

Olía a fresas de mayo y al sol azul.

Pasaba don Robustiano en bicicleta chirriándole los pedales, y va siempre en bicicleta a la oficina porque es republicano y espiritista y no está casado por la Iglesia y tiene un pelo gris siempre despeinado como San Juan y parece el fakir Flormax que adivina el Pensamiento.

Cuando nos adelanta le gritamos:

—Robustiano, mal cristiano, tienes la cara de ano —y nos santiguamos y cantamos la Marcha Real.

En casa nos dicen que le digamos «tienes la cara de enano» en vez de «tienes la cara de ano», pero aunque «enano» pega también con Robustiano es más divertido decir «ano», que quiere decir «culo».

Como hace viento, don Robustiano no nos entiende bien y nos saluda al pasar muy sonriente levantando una mano del manillar para decir adiós, y como anda mal en bici se le tuerce la guía y se pega el morrón justo delante del carro.

Después se levanta haciendo que se ríe y se limpia las rodillas como los hombres en misa después del Alzar.

—Ya no está uno para esto —le dice a Manuel, y nos mira como triste.

Era el gran momento para repetir, ahora que nos oía bien, lo de la cara de ano, pero no nos sale porque aunque sabíamos que era pecado mortal pensar que don Robustiano, que era ateo, era bueno, casi nos daba pena de él y nos daba lástima insultarlo y que fuese después al Infierno.

Entraba de repente ya el viento del mar y restallaba la lona del toldo.

Entrando en Gijón saltábamos y alborotábamos en el carro.

Las calles de Gijón están en una sombra lila muy limpia y fresca y no hay casi

nadie, porque son las calles de por la mañana llenas de olor a las algas del mar.

Pasaba una cuba de riego que era un camión gris perla con los neumáticos oliendo a goma mojada y le chillamos «la manga riega», para que nos salpique y refresque a la Manolina, que está sudando, y limpie el carro que está con polvo.

No nos hace caso y pasa de largo muy serio.

El chófer tiene bigotes negros y fuma una colilla medio apagada.

Cuando llegamos a la estación ya llegó el tren y están allí los primos con Helena, que está muy pálida y seria, con cara triste. Le sonreí y no me contestó.

Las Personas Mayores llegaron antes en el automóvil, y hablan todas a la vez, besando a diestro y siniestro.

Tía Honorina, gallina loca, chilla con voz llorosa y cacareante como si no le saliera de la garganta:

—Cómo vienen, cómo vienen estos pobres niños.

No era para tanto.

Un empleado de la estación que se llama Belarmino y que tiene tipo de llamarse Belarmino porque es gordo y habla despacio y es colorado y lleva una chaqueta de mahón con una botella de leche medio saliéndole del bolsillo, dice:

—Los rapacinos hay que dejarles criarse como cabres —y luego mira muy sonriente, pero tía Honorina y las otras Señoras lo miran furiosas y Belarmino calla y se va.

—¿Quién le habrá dado vela en este entierro? —pregunta una. Pero nadie sabe, porque nadie se la dio.

Un señor desconocido que llegó de Madrid dijo que dejar a los niños vivir su vida es la última moda en Alemania y los Estados Unidos.

Las Señoras empiezan a discutir sobre la distribución de los niños en las casas y en los coches. Los niños queremos ir en Overland, que corre más que el pobre fotingo de tío Arturo.

El señor desconocido quiere que las madres dejen a los rorros metidos en una jaula todo el día, que es lo que se hace en el Extranjero.

—Para que ellas puedan ir por ahí... a divertirse —contestan las Señoras con *sardónica sonrisa*—. Aquí no queremos esos modernismos.

Y sin más ni más empiezan a besarnos.

El señor modernista se achanta y va a ayudar a tío Arturo a arrancar su fotingo, que carraspea, pero no empieza a funcionar seguido.

—¿Cómo arrancarías esto en Alemania y los Estados Unidos? —pregunta tío Arturo al señor modernista, y todos se ríen y las Señoras más.

—Pues bien que se han cortado ustedes el pelo —contesta el modernista.

Todos miramos a tía Honorina que se ha cortado el pelo a lo gargon en París. Cortarse el pelo a lo garçon es Modernista, y tía Honorina se picaba en seguida porque una señora de la Conferencia le había dicho que el Papa había excomulgado al Modernismo.

Tío Arturo se ríe por lo bajo de tía Honorina, pero cuando lo mira se queda muy serio y las niñas que son tontas, menos Helena, empiezan a cuchichear y a reírse en alta voz metidas en el Overland y botando sobre los asientos haciéndose cosquillas.

Las señoras, llenas de furia, la emprenden a cachetes, pero nadie llora, que era lo que querían.

Vuelve a salir Belarmino por la puerta del Jefe de Estación con su botella verdosa de leche en el bolsillo y dice muy finolis al pasar:

—Que haiga buena temporada estival —y se arma la gran juerga, y Belarmino nos mira amoscadísimo.

Menos mal que se le acercó tío Arturo y le pidió que le diera a la manivela de arranque mientras él enredaba con el acelerador desde dentro del coche. Belarmino lechón se sonríe poco a poco y se le va poniendo la cara como la luna, y cuando el auto arranca por fin nos mira con suficiencia muy satisfecho mientras se limpia las manos con un pedazo sucísimo de algodón que se ha sacado del bolsillo del pantalón.

El fotingo de tío Arturo tiembla como un perro mojado, y tío Arturo, desde dentro, pregunta:

—¿Entonces, nadie viene conmigo?

Nos da lástima de tío Arturo porque no es una Persona Mayor de verdad y juega con nosotros y nos defiende y todos queremos ir con él en el fotingo tembloroso y las niñas pasan gritando y empujándose de un coche a otro. Las Señoras muy enfadadas en el fondo porque las dejamos solas rumian como palomas buchonas:

—Qué caprichitos, qué caprichitos.

Pero se revientan y van solas.

Arranca el fotingo y dejamos a las Señoras furiosas braceando entre una nube azulada como cucarachas moribundas entre polvos insecticidas.

¡Adiós, Señoras, hasta jamás! Pero las Señoras se meten en el Overland y conducidas por Saturnino, que es el chófer del abuelo, se acercan cada vez más.

Carrera emocionante.

Corriendo, entre viento, pasamos por zonas de sol amarillo, por sitios de sol más blanco, por calles de sombra azul y fresca, por sombra grisácea y caliente, por un olor a algas del mar, por olor a pinos, por olor a grasa de automóvil, por la calle de la señora de los perros con bata de lunares, por debajo del mirador del dependiente que canta ópera por las mañanas con el balcón abierto mientras se hace el nudo de la corbata, por los sitios del invierno que ahora, en verano, son tan diferentes.

Helena va delante, junto a tío Arturo, sin hablar una palabra. Va muy seria, muy mayor. De vez en cuando tío Arturo la mira y se sonríe. Yo quiero empezar a hablar con ella, pero se me atragantan las palabras en la garganta.

Tío Arturo silba mientras conduce, y de cuando en cuando hace un viraje a propósito para asustar a las Señoras que vienen en el coche de atrás.

Aparte de esto, tío Arturo silba mientras conduce y canta aquello de:

En tu país no hay luz

desde que tú viniste aquí...

y lleva el compás dando manotazos en la portezuela.

Cuando hace un viraje emocionante nosotros aplaudimos y chillamos y la gente nos mira asombrada. Me gustaría que las aceras estuvieran llenas de señores de negro con lentes de oro para ir escupiendo a derecha e izquierda y que los escupitajos les dieran justo en los cristales de los lentes.

El muelle estaba lleno de gaviotas. Los palos y las cuerdas de los barcos rebrillaban al sol de oro blancas, rojas, verdes. Hacía una brisa fresca y alegre. El cielo está azul, azul. Los cargadores dan gritos junto a las grúas. Un barco pintado de encarnado sale tocando la sirena.

¡Adiós! Son las Señoras Mayores que nos adelantan. Tío Arturo se sonríe misterioso. Dejemos a las Señoras que se envanezcan con su triunfo. Ahora que nadie nos vigila por detrás es el momento. A la salida de Gijón torcimos a la derecha y fuimos a dar a un chigre entre los árboles.

Nos sentamos y tío Arturo pidió dos botellas de sidra. Una para él y la otra para nosotros.

Estábamos en una mesa de afuera, debajo de unos robles.

Tío Arturo echaba la sidra muy bien y daba mucho gusto oír el rin-rin de la sidra contra el borde del vaso y ver el chorro amarillo, tan dorado, que brillaba a veces cuando le daba el sol, y la botella verde oscura que iba quedando cada vez más clara y transparente.

Helena se sentó a mi lado y le cogí la mano por debajo de la mesa. No la quitó y empezó a sonreírse. Yo estaba feliz, feliz hasta estallar de gozo.

En la mesa de al lado había cuatro hombres gordos y colorados tomando sidra y centollos.

—¿Fíos ya? —le preguntaron a tío Arturo.

—No, sobrinos.

Los otros se rieron y empezaron a llamar guapa a Helena, que estaba muy contenta.

Se acercaron y nos ofrecieron centollo con las manos sucias y pringosas. Helena se acurrucó junto a tío Arturo y me apretó la mano más fuerte.

Los cuatro hombres quedaron en pie frente a nosotros, se agacharon un poco, juntaron las cabezas y empezaron a cantar. Cantaban a cuatro voces, muy bien, y era una cosa triste, muy bonita:

Si viviera el tu padre, que yera tan buenu,
collarinos de plata llevares al cuellu...
agora no, mio neñu, agora no;
agora no, mio neñu, agora no...

Tío Arturo escuchaba muy atento y yo miraba a Helena que tenía lágrimas en los ojos y se apretaba contra tío Arturo como con miedo. Los cantores abrían y cerraban la boca, se hinchaban y deshinchaban, muy serios, como si estuviesen rezando, tenían

los ojos perdidos como si miraran para adentro. Y uno de ellos tenía la botella de sidra en la mano y la botella le temblaba. Levantaban la voz de repente:

Agora no, agora no, mio neñu...

y volvían a bajar, poco a poco, muy tristes, muy bien.

Debajo de los robles había una sombra verdosa y manchas de sol que se movían por el suelo y las mesas. En la puerta del chigre un perro se rascaba dormitando, con ojos soñolientos y rojizos. Empezaba a hacer calor y pasaban zumbando avispa y moscas brillantes. Al fondo, entre los árboles, se veían prados verdes, aldeanos trabajando entre los maizales, carros azul pálido, bueyes y un trozo de mar. Venía un olor a hierba húmeda calentada por el sol del mediodía, y yo, muerto de felicidad, con Helena a mi lado, entrecerraba los ojos y me hundía en el fondo de mis pensamientos. Pensaba en el verano que me esperaba junto a Helena, bajo aquel cielo, entre los prados verdes, los ríos y los árboles, sabiendo que ella me quería, y casi se me llenaban los ojos de lágrimas.

Naturalmente colecciono mariposas. Fue mi única afición protegida por la familia.

La costurera me ha confeccionado una manga, y los mayores elogian los domingos mi colección. A veces también, cuando las conversaciones languidecen, tía Honorina recuerda a las visitas que en el fondo soy un niño ordenado. Luego, temerosa de haber ido demasiado lejos, suaviza el elogio:

—Es ordenado para lo que él quiere —dice.

Y las visitas, muy melancólicas, generalizan:

—Como todos los hombres...

Aquella mañana los prados verdeantes junto al río cantaban al sol. Bajaba descamisado por la senda difícil hacia el gran cazadero de bayas y amapolas. Helena iba a mi lado con el pelo desnudo de dulcísima alerta.

—¡Mira —me gritaba—, ahí va una!

Y yo me perdía entre los matorrales, me arañaba los brazos... y volvía generalmente sin nada.

Helena, insoportable, se burlaba de mí y repetía, ya mentirosa:

—¡Ahí va una!

Engañado corría y ella volvía a reírse.

—¡Qué tonto eres!...

Hasta que a media mañana, con tres *vanesas*, un *pieris vulgarísimo* y un *litográfico papilio machaón*, Helena escapó hacia el bosque.

La hierba estaba demasiado alta para pensar en divisarla. Ella lo comprendió y gritando me guiaba.

Me guiaba y me provocaba. Mis piernas estaban llenas de cardos, mi manga agujereada, mi garganta seca, mi voz enronquecida. Gritaba:

—¿Dónde estás, Helena?

Y ella, desde algún sitio extraordinariamente lejano, respondía:

—¡Aquí!...

Hasta que al fin me la encuentro en el bosque sentada en la hierba. Un suave murmullo de insectos sonaba entre las cañas, y Helena estaba en medio arreglándose el vestido. Después empezó a reír. Reía muy bien, sin ninguna causa, pero contagiaba. Me tumbé a su lado indignado de aquella risa extemporánea, y a pesar de mis piernas me eché a reír yo también. Helena hundía en el fresco follaje sus brazos desnudos, y con la cabeza apoyada en mi pecho me hablaba de las nubes y de mi corazón.

—Tienes alborotadísimo el corazón —decía—, tengo miedo de que te salte.

Orgullosa, guardaba silencio como diciendo: «Es posible.» Helena entonces me hablaba de las nubes.

—Esa grande, igual, igual que África...

Yo me indignaba.

—¿Cuándo has visto tú que la Unión Sudafricana terminara tan en punta? Esa nube sería, en el último caso, América del Sur.

Ella no se daba por vencida. Ahora me atacaba:

—¡Estás estupendamente en geografía! ¿De modo que tú crees que ese saliente de la izquierda puede ser Perú?

Era verdad. Aquel saliente venía muchísimo mejor a Senegal y a Río de Oro... Sin embargo —admitido como mal menor aquel estrechamiento de la Unión Sudafricana—, quedaba por resolver la ausencia de Madagascar.

Se lo dije a Helena, y Helena miró al cielo desesperadamente. Realmente, Madagascar se echaba demasiado de menos en un mapa de África.

Cuando, de repente, Helena lanzó un grito de júbilo. Yo sentí cómo los dioses me declaraban la guerra.

Madagascar, con sus exportaciones de café, vainilla y especias, venía desde el Este atravesando el cielo. Helena se reía y tenía sobrada razón; yo callaba y también... Pero —¡oh dioses!— Madagascar bromeaba indecentemente. Llegó a su sitio... y prosiguió. Ya es una península de Mozambique, ya cruza sobre él, ya... ¡oh!, Madagascar, muy transparente, vuela como el globo de *Fergusson* sobre las Fuentes del Nilo, cruza el sur del Congo, llega a Angola y desemboca en el Atlántico donde se pierde rumbo a Río de Janeiro.

Helena debiera estar abochornada, debiera haber callado por lo menos. Pero, estúpida, ríe y el abochornado soy yo.

Después me consuela y termina por guardar silencio respetando mi dolor... Lejanamente se desdibuja Madagascar; ahora es la península de Malaca la que se acerca.

La península de Malaca es uno de los mapas más divertidos. Parece el cuello y la cabeza de un animal prehistórico que estuviera oliendo el trozo de carne de la isla de Singapur. Por si fuera poco, aquella nube era blanquísima y extraordinariamente ligera. La brisa que la empujaba removía las altas copas, y toda la fronda rumoreaba feliz. Una luz verde y dorada daba a todas las cosas un aire de aparición... ¡Qué lástima de Virgilio! Había empezado a traducir a Virgilio aquel invierno, y gracias a la ineptitud del profesor y a mi falta de voluntad no había conseguido casi nada. Sin embargo, reconocía que era un buen poeta. Por eso el bosque me lo recordaba.

Fortunate senex! Hic inter flumina nota
et fontes sacros frigus captabis opacum...

¿Qué quería decir? Cualquiera lo sabe, pero fuese lo que fuese era encantador. En la clase somnolienta de las tres de la tarde había gustado aquellas *fontes sacros*, y sobre todo aquel *frigus* tan insólito y delicioso en aquel bochorno de voces y moscas. Yo no sabía lo que era *frigus*, pero aun sin saberlo me refrescaba... ¡Frigus! No era ni

«frescura» ni «fresco» ni «frío» ni nada de lo que el diccionario traía; era «frigus». *Frigus*, *i* más *u*, ese salto refrescante *i-u*, sin ninguna sílaba más, completamente solo en medio de los pupitres recalentados y los moscones zumbando en los cristales. Y luego esa *s* final como una fuente al borde del hielo, como ese ruido que hacemos ante los helados para prepararnos a su degustación. El bosque, evidentemente, estaba *frigus*. «Frescura» era muy largo, «fresco» poco expresivo. Estaría fresco más tarde, pero ahora todavía no. Aún quedaba rocío en los helechos y en las barrancadas orientadas al norte. Las hojas secas aún sonaban a escarcha. Sí, *frigus* era la palabra ideal.

¿Cuánto tiempo he pasado, ¡oh Helena!, sin hacerte caso? Ha debido de ser bastante, porque te has enfurruñado un poco. ¿Por qué esa esquivez, Helena? Cualquiera entiende a las chicas. Helena se ha extendido sobre la hierba verde y parece no querer mirarme. Me acerco a ella y saltando como un gato pretende escapar. Pero la agarro de nuevo y crucificándola contra el suelo la obligo a reírse y a llorar. ¿Por qué ese enfado, Helena? ¿Es que no puedo pensar en Virgilio sin tu permiso? ¡Oh, es demasiado! Astutísimamente me ha mordido en el hombro y rapidísimamente ha aprovechado mi dolor para huir.

Bueno, pues que huya. Todo se reduce a volver a Virgilio.

Hinc tibi, quae semper, vicino ab limite saepes
Hyblaeis apibus florem depasta salicti
saepe levi somnum suadebit inire susurro...

¿Qué es? ¿Qué importa? ¿Hace falta saber latín para no adormilarse dulcemente al *inire susurro*? ¡Qué ancho y qué profundo está el bosque así! Apetece vivir eternamente tumbado, muy estirado y desnudo, y que todo suceda muy lejos... ¡Qué estúpido soy! ¿Dónde estás, Helena? Tan sólo has respondido con un «¡Ahú!» lejano. ¿Dónde estás? El cuclillo se burla también de mí. ¡Estúpido Virgilio! ¡Oh, además me sangra la herida, todo por tu culpa, por tu culpa, por tu gravísima culpa!... ¿De qué te ríes, Helena? Estoy ya cansado, ¿dónde te has metido?

—¡Aquí, aquí arriba!

«Aquí arriba» no dice gran cosa tampoco.

—¿Dónde estás, Helena?

Toda la mañana se alegra en las hojas que tiemblan sin cesar, apagándose y encendiéndose mil veces por segundo. En los campos de abajo los aldeanos gritan a los bueyes que mugen casi en rebeldía.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí arriba, en el pino de Chanito!

Ahora ya no hay duda. Saltando raíces y troncos podridos remonto jadeante la subida. El aire está lleno de finísimos hilos de araña y a cada momento hay que apartarlos de la cara. Pero, a pesar de todo, el bosque es un encanto. Por los rayos de luz que se cuelan entre los robles suben y bajan legiones de insectos brillantes, azules y verdes...

¡Qué asco! Una caña demasiado baja me ha rasgado la herida del hombro. El dolor me recuerda la ofensa y, renovándome las ganas de vapulear a Helena, me hace andar más de prisa.

Por fin la diviso y corriendo hacia ella la amenazo furioso. ¡Ahora sí que no tiene salida! Detrás de ella se alza un altísimo zarzal de ortigas y delante estoy yo. Pero — ¿de veras o en broma?— Helena está otra vez llorando y viene cojeando hacia mí.

—¿Qué te pasa, te has caído? —pregunto.

Pero no me contesta. Antes de nada ha visto mi herida y mojando con saliva su pañuelo me la empieza a lavar. Mientras tanto con una magnífica inocencia recrimina mi salvajismo.

—Los chicos sois unos bárbaros —repite con aire cómicamente doctoral—, unos completos bárbaros.

Naturalmente, la respuesta era sencilla. Bastaba con preguntar quién había sido el autor de la herida. Pero —ahora me acuerdo— ¿era completamente seguro que fuera Helena? ¿No podría haberlo hecho todo la estúpida caña? No, no se podía acusar a Helena así como así. Bastante hacía con preocuparse de curármela para andar encima echándole la culpa de males que no había producido.

Pero ella —¡qué buena chica es!— no está segura de su inocencia. Terminada la cura me pide perdón y me enseña su pierna ligeramente arañada. No tengo más remedio que pedir perdón también yo y tumbarme a su lado sobre el musgo.

¡Qué larga se hace la quietud con una chica al lado! Y más si es como Helena. Porque Helena sabe hablar sin abrir la boca y provocar horriblemente con una insufrible media sonrisa. Tanto me cargó que, sujetándole los brazos contra el suelo, empecé a besarla. Al quinto beso se me escapó de entre las manos y bajó gritando hacia el valle y los campos de amapolas.

—¡Una que no tienes, una que no tienes! —decía.

Y yo, persiguiéndola, bajaba también gritando, tremolando al viento alegrísimo la manga improvisada por la costurera.

Porque, naturalmente, colecciono mariposas.

Frente a la chimenea apagada los mayores tomaban café negro y licores dorados. La chimenea olía aún a los leños del invierno, pero era ya verano y el comedor estaba en penumbra porque hacía calor. Las contraventanas estaban entornadas y entraban rayos de sol atravesados por puntos brillantes que subían y bajaban. La conversación sonaba lejana y suave, en tono muy bajo, como unos frailes que estuvieran rezando en el coro y uno los escuchara desde la nave de una catedral vacía. Entraba un rayo de sol nuevo, más brillante, y relucía el collar de cuentas violetas de tía Honorina y los lentes del señor invitado. Hacía calor, un calor como música, que olía a cirio amarillo. Entraron las criadas a quitar la mesa. Los cubiertos, entre el humo de los cigarros de los hombres, tintineaban como esquilas de un rebaño de cabras pastando vaborosas entre la bruma de la siesta. Era la Siesta, toda mullida y tibia, toda desperezándose, adormilada a la sombra de los árboles en un bosque azul, en un país muy hondo, antes de Jesucristo. El comedor estaba en penumbra y desde la oscuridad se oían las chicharras y los grillos que cantaban al sol y el ronrón del sol sobre los prados verdeamarillentos y el fragor fresquísimo de los robles cuando entraba una ráfaga de brisa azul y salada que venía del mar.

Entonces, no pude resistir y escapé a mi habitación; me desnudé, me puse el pantalón de baño y salí corriendo por la puerta de la cocina. Corría cuesta abajo con el viento en la boca y Helena me estaba esperando a la puerta del jardín con su traje de baño de flores rojas y doradas y su sombrero ancho de paja amarillenta, muy alegre, llena de amor y vida, con su pelo rubio lleno de sol y el dedo gordo de un pie saliéndole por un agujero de la alpargata, que se movía como un ratoncito que me provocara y que apetecía morder y estar mordiéndolo toda la vida.

—¡Hola!

—¡Hola!

Y marchamos juntos, llenos de amor, hacia los grandes países de la Tarde. El sol —¡el Sol!— roncaba sobre los manzanos y los prados estaban llenos de manchas de luz. Y había también bosques de eucaliptus negros y azulados. Y nos entraba un extraño miedo a aquellos árboles que eran los árboles de los hombres locos, que se paseaban en camisa blanca con la cara muy pálida y un cuchillo en la mano lleno de sangre. Y que eran los árboles de las mujeres tuberculosas que escupían sangre con el pecho hundido y los ojos llenos de un brillo de odio y que cuando el cielo estaba rojo, al atardecer, aullaban como lobos tristes y hambrientos y se escapaban con la boca llena de espuma y un alfiler negro y brillante muy grande en la mano para pinchar a la gente con su veneno mortal. Y debajo de aquellos árboles había siempre un pobre mascando sin dientes un pedazo de pan.

La luz de la tarde era densa, dorada y azul y negra. Una luz de terror misterioso

bajando de un cielo enorme y solitario. Había sobre los prados un sopor, una bruma caliente de chicharras y grillos, y muy alto, altísimo, volaba planeando un milano.

Helena y yo íbamos silenciosos. De cuando en cuando Helena se paraba, cogía unas cuantas zarzamoras y me ofrecía la mitad. Unas, las del sol, estaban calientes y mates; otras, las de la sombra, estaban frías y brillantes. Otras veces las cogía yo y le ofrecía a Helena y comíamos juntos, mirándonos a los ojos, con la cara llena de manchas de jugo morado. Y seguíamos andando muy juntos, sin hablar nada, pero temblando. Algunas veces mi amor —que era Helena, tan hermosa, con la piel tan morena y el pelo rubio y los ojos azules y tan libre y valiente— se paraba otra vez a coger zarzamoras y se pinchaba con una espina. Entonces me ofrecía su dedo ensangrentado y yo le chupaba la sangre, que era tan roja, tan salada, tan hermosa centelleando al sol. Después me besaba y me lavaba con sus labios la sangre que había quedado en los míos. Y después de hacerlo nos entraba como un miedo raro. Porque aquello era un rito secreto, secretísimo, como una especie de pecado; nadie sabía por qué. Helena se apretaba contra mí como una gata misteriosa, y con los ojos llenos de lágrimas murmuraba: «Tengo miedo.» Y yo, lleno de una ternura y un amor que casi me hacían llenárseme los ojos de lágrimas, la apretaba más aún contra mí y la mantenía así, con mis labios sobre su pelo, tiempo y tiempo, hasta que Helena separaba la cabeza de mi pecho y me miraba todavía con lágrimas, pero sonriéndose de amor y de felicidad. Entonces seguíamos andando abrazados, con la cabeza de Helena apoyada en mi hombro. Y así seguíamos hasta el mar.

La playa a la que solíamos ir por las tardes era pequeña y de bajada difícil. Estaba rodeada de acantilados muy altos cubiertos en algunos sitios de helechos y hiedra. Arriba, entre el cielo, se bamboleaban al viento las copas de los pinos. En cuanto pisamos la arena nos quitamos las alpargatas y salimos corriendo como balas a lanzarnos a *plongeon* sobre una ola de espuma que venía a nuestro encuentro. Luego volvíamos a salir a colocar las alpargatas encima de una peña para que no se enterrasen en la arena, y otra carrera a tirarnos contra una ola fría, blanca y burbujeante que era una hermosura y una delicia y una furia de felicidad que le volvía a uno loco de alegría. Y a veces yo entraba dando un salto mortal, porque sabía que a Helena le gustaba, aunque me suplicaba que no lo hiciera, porque no sé quién —un francés me parece— se había roto una vez el espinazo. Y Helena volvía a salir gritando de alegría, toda embadurnada de arena y de algas rojizas y amarillas y verdes, toda oliendo a sal, con el pelo negruzco y lacio, pero más hermosa todavía que antes, con el cuerpo brillante. Y saltaba como una pantera sobre mí y me hacía tragar agua y salía corriendo hasta que yo la alcanzaba y me montaba encima de ella y le apretaba la cabeza contra la arena hasta rebozarle bien la cara y el pelo de arena y me pedía clemencia casi llorando, y yo —magnánimo *Senatus Populusque Romanus*— le concedía la libertad.

Entonces volvíamos al agua y nadábamos los dos juntos, más bien despacio, para hacer el famosísimo periplo de Hannon, que era ir primero hasta el Camello, que era

una peña en forma de camello, toda rodeada de barbas de espuma, y tumbarnos allí panza arriba a tomar el sol, y después bucear en un mar pequeñito, muy transparente y con el fondo muy verde, que había entre las dos jorobas del camello cuando era marea alta. Y luego seguir nadando por un canal rojizo entre algas hasta las Grandes Peñas del Doctor Frankenstein, que siempre estaban sombrías y sonaban a Eco, que era un hombre muy triste encerrado no se sabía dónde, que daba mucha pena de él y que a veces lloraba muy bajito, muy bajito. En las Grandes Peñas del Doctor Frankenstein, se pinchaba uno los pies y había cangrejos escondidos en las cuevas, y una vez encontramos un perro muerto, muy hinchado, con la boca llena de moscas verdes. En las Grandes Peñas del Doctor Frankenstein había grutas muy frías con una luz temblorosa entre verde y azul y más adentro estaban las Ruinas Romanas con grandes tesoros y llenas de misterio muy hermoso, con estatuas de diosas paganas blancas y desnudas, que nos sonreían a Helena y a mí, y entonces, por otra gruta mucho más estrecha y más larga, nos llevaban a la Edad Antigua, que *era* en aquel mismo momento con un cielo más azul y un mar más azul, casi morado, y una brisa muy azul también y pájaros blancos que volaban cantando. Y se salía a otro mundo extrañísimo y lleno de hermosura que no se puede recordar sin que se le pare a uno el corazón. Porque estaba cayendo el sol y el cielo estaba rojo y dorado y la mar color de vino y no hacía nada de viento y olía a romero, a rosas y a jazmines...

Helena estaba desnuda pastoreando un rebaño de cabras. Estaba sentada junto al mar, en un prado muy verde que llegaba hasta el mar, debajo de un laurel muy grande de hojas muy verdes y brillantes que refulgían rojizas al sol dorado que se hundía en el mar. Yo estaba también desnudo y venía en un barco con velas de oro, porque era un capitán de piratas que en Siracusa de Sicilia mi primera luz había visto, audacísimo en los peligros de la sed, hambre, calor y frío y otras comunes calamidades de la guerra y los viajes, fortísimo soportador hasta lo increíble. Y salté del barco al agua y llegué nadando hasta el prado verde y eché a correr detrás de Helena. Pero Helena corría más y se iba escondiendo entre los árboles hasta que la perdía de vista.

Entonces pasó un hombre que llevaba una guadaña al hombro y que cantaba:

—La pastora que buscas, ¡oh, joven!, hermosa, de Aristóteles el anciano de las venerables palabras hija es —dijo él.

—Antigua y hermosa es la lengua helena —contesté yo, que sólo recordaba aquel ejemplo de la gramática griega.

El hombre de la guadaña corrió y me llevó a su casa, donde me ofreció frugal cena, y tras vestirme con sus andrajos de campesino, bien colocada sobre mi hombro la guadaña, dijo él:

—Ahora preséntate a Aristóteles el de las venerables palabras, de parte de Filemón el pobre, y dile que eres el mancebo que como criado le envió. Yo, mientras tanto, a los dioses inmortales, y en especial a aquella deidad que el dulce y ardiente amor preside, sacrificaré por tu ventura.

Y esto diciendo me señaló el camino de la ciudad.

Del de las venerables palabras la casa descubrí al fin y él viéndome (dijo):

—Alabados mil y mil veces sean los dioses inmortales, pues sin duda tú eres el mancebo que por diligente criado mi amigo me envía Filemón el pobre.

Recibíome con amor el de las venerables palabras y púsome al tanto de mis obligaciones, que bien lejos de saber él estaba cuáles eran mis secretos designios.

Ya los brillantes gemelos (Cástor y Pólux) hundían su brillo tras el oscuro horizonte, cuando la casa sintiendo sosegado y dormido el viejo despojóme de mis pobres andrajos y penetrando en la habitación de mi amada halléla dormida. Transportado de dicha y de contento y a la siempre poderosa deidad del amor mil gracias dando, aparté con cuidado el lienzo que la cubría (a Helena) y a la blanca luz de la luna la hermosura de su cuerpo largamente contemplando estuve.

Beséla después mansamente, por que poco a poco y en amor despertara, y ella entonces, entreabriendo los ojos (dijo):

—Sin duda Afrodita me inspira este hermoso sueño, pues siento a mi lado al joven que amo.

Esto dicho, comenzó con ardor a pagar mis caricias y besos.

No quise yo dejar salir de mi boca ni una sola palabra, pues temía que con aquello se le fuese la ilusión del sueño y que volviendo en sí ásperamente me despechara.

Gocé, pues, en silencio de lo que en silencio debe gozarse, y cuando empezaron a cantar los gallos volvíme al rústico lecho que en establo me aderezaran como criado que era.

Ya estaba Febo ardiente, padre del amor, del gozo y de la vida, en la mitad de su curso cuando me despertaron las descompasadas voces del de las venerables palabras, que gritaba:

—Válganme los dioses inmortales, pues tengo una reina y un rey por criados.

Salté del lecho, presentéme a mi amo y disculpé la pesadez de mi sueño con la fatiga del viaje y otras muchas razones que mi súbito ingenio iba inventando mientras hablaba.

Estaba yo empezando a apartar a mi amo de su primera intención, que era despedirme de su servicio (pues me entristecía el pensamiento de separarme de mi hermosa amiga), cuando con lágrimas en los ojos entró ella, y postrándose a los pies del viejo dijo éstas o parecidas palabras:

—Disculpad, ¡oh buen amo!, mi falta, pues Afrodita me ha enviado tal sueño esta noche, que milagro es que pueda levantarme.

Quedóse el viejo un momento suspenso mirándola, y después, posando los ojos en mí, soltó a reír con gran estrépito.

Quedámonos Helena y yo mirándonos de asombro, y el viejo entonces, tomándonos de la mano, nos acercó a sí y dijo:

—Sabe tú, ¡oh joven!, que la que has conseguido esta noche no es una pobre rústica que yo hubiera tomado por criada (como ella misma cree), sino la hija y

heredera del Emperador de Atenas...

Helena estaba muy seria sentada en cuclillas delante de mí mirándome muy fijo.

—¿En qué piensas con esos ojos tan abiertos?

Estaba allí, tan rubia, con la piel tan brillante, tan hermosa, con sus ojos azules que me provocaban mirándome, que no pude resistir más y salté sobre ella como un tigre feroz de Bengala. Pero ella saltó primero al agua y yo detrás de ella y empezamos a nadar y a alcanzarnos y darnos aguadillas. Y salimos de la sombra de las peñas, donde el agua era fría y morada, y entramos en el sol, donde el agua era verde y brillante y más tibia y era un gozo calarse y ver salir a Helena removiéndome la melena que se le caía sobre la cara y después bucear otra vez y hacer exploraciones por los canales submarinos que estaban llenos de algas.

Salimos a la playa felices y nos tumbamos al sol. El sol iba ya haciéndose naranja y metiéndose detrás de los pinos del acantilado. El cielo estaba verde y lleno de un brillar oscuro que mirándolo fijo era como el Infinito. A veces pasaban bandos de pájaros. Helena apoyó la cabeza en mi hombro y empezó a hacer dibujos sobre mi cuerpo con un chorrito de arena que me hacía cosquillas. Y me miraba, me miraba.

Volvimos despacio, andando muy juntos, muertos de plenitud, de gozo, de felicidad desconocida e insufrible, muertos de amor, locos de amor. El corazón me llenaba todo el pecho, me hinchaba todo el cuerpo de sangre caliente, me llenaba la boca de sal, llenaba el mundo de alegría rabiosa, de ardor, de colores afilados como cuchillos y a la vez blandos como las hojas de una amapola, como la miel, como la leche recién ordeñada. Temblando, con voz ronca, con una voz que no era la mía, que no se sabía de dónde había salido, le dije:

—Helena..., te quiero.

Y Helena, serena, sin dejar de mirarme a los ojos, grave y hermosa, se fue dejando atraer, y cuando tuvimos los labios muy cerca, me dijo:

—Y yo a ti más.

Y yo bebí el aliento de aquellas palabras; las bebí, las respiré, no las oí.

No hablamos más. Íbamos juntos, solos, entre el silencio del crepúsculo. Íbamos solos entre el silencio del mundo. Solos entre el silencio del tiempo. Solos para siempre. Juntos y solos, andando juntos y solos entre el silencio del mundo y del mar y del mundo, andando andando. Y todo era como un gran arco y nosotros lo íbamos pasando y al otro lado estaba nuestro mundo y nuestro tiempo y nuestro sol y nuestra luz y nuestra noche y estrellas y montes y pájaros y siempre...



JULIÁN AYESTA nació en Gijón en 1919. Se licenció en Derecho y en Filosofía y Letras, y fue diplomático de carrera. Autor de varias obras teatrales, *Helena o el mar del verano* es su único libro de narrativa. Murió en 1996.